

“EL FORTALECIMIENTO DE LAS INSTITUCIONES Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS: UN RETO PARA LA SOCIEDAD POLÍTICA Y LA CIUDADANÍA”

**Rosa Díez
Diputada
Parlamento Europeo**

*“De que estás formado, depende de la genética;
en que te convertirás, de la política.”*
Stanislaw J. Lec.

Cómo se desprende de la frase que he elegido para encabezar esta conferencia, me propongo reivindicar la acción política como el instrumento más válido para cambiar la sociedad y para tratar de enfrentarnos con éxito a los problemas e imperfecciones de las instituciones y del sistema democrático.

El hecho mismo de que sintamos la necesidad de reivindicar la política en un Foro como éste, en el que nos encontramos parlamentarios y dirigentes políticos de Europa y América Latina, confirma que todas las apreciaciones que se han hecho sobre la falta de liderazgo de los políticos, son de gran actualidad. Quiero reflexionar con ustedes sobre la desafección de la ciudadanía hacia el sistema de partidos políticos y hacia sus miembros, así como sobre los nubarrones que oscurecen la noble actividad de la política; lo haré también sobre lo que son a mi juicio las causas principales de este ya largo temporal. Pero he de advertirles que soy un espíritu positivo, por lo que, más allá de la profunda autocrítica que haré, espero que al final de este debate veamos más luces que sombras y juntos hayamos comenzado a diseñar un horizonte de esperanza.

Soy también una persona práctica. Diría que como mujer de izquierdas, nacida durante el franquismo -tengo cincuenta y tres años-, no me ha quedado otro

remedio que ser optimista y práctica. La mitad de mi vida la he vivido sin libertad por culpa del régimen franquista; la otra mitad la he vivido defendiendo la libertad en el País Vasco contra una organización terrorista - ETA-, que ha asesinado a mil ciudadanos durante la democracia, y sufriendo las consecuencias de un gobierno nacionalista más preocupado la mayor parte de las veces por consolidarse en el poder que por defender la libertad y la seguridad de miles de ciudadanos vascos, perseguidos y amenazados por los terroristas por no querer doblegarse a sus pretensiones totalitarias.

A pesar de ello, o quizá precisamente por ello, sigo haciendo política. No sólo ni principalmente por vocación, sino porque la experiencia me ha demostrado que sólo desde la política se pueden cambiar aquellas cosas del mundo que se manifiestan radicalmente dañinas para el desarrollo y la dignidad de los seres humanos.

Ante una situación crítica para las instituciones democráticas y la política, caben al menos dos respuestas. Una sería acomodarse y obtener el mayor beneficio personal posible, sorteando como se pueda el efecto que nos pueden producir los males mayores. La otra sería elegir la acción política como elemento transformador y ponerse a trabajar para producir cambios institucionales capaces de establecer los requisitos mínimos para que la mayoría de los ciudadanos afectados por las decisiones de los políticos puedan aceptar esas medidas como positivas y no sólo esquivarlas o padecerlas.

Los seres humanos no podemos cambiar las leyes de la naturaleza, pero si las normas legales con las que organizamos nuestras instituciones y regulamos nuestro sistema de convivencia. Lo que el hombre ha hecho, el hombre lo puede cambiar. Las opciones son acomodarse o actuar, y las dos son opciones políticas. Si se me permite utilizar una expresión que no quiere tener en este caso tintes ideológicos, la primera sería una opción conservadora, una opción que favorece la consolidación de lo ya establecido. Elegir la segunda opción significa, -sin exagerar nuestra capacidad para transformar radicalmente lo ya

establecido-, que no aceptamos como inevitables las desigualdades e injusticias sociales de nuestro mundo, como si de un fenómeno de la naturaleza se tratara. Significa que confiamos en que hacer política puede contribuir a disminuir la importancia que tiene en nuestras vidas y en nuestro desarrollo personal aquello que viene predeterminado por la genética, la tradición, la raza, el sexo o el entorno social.

Como dice el filósofo Fernando Savater en su libro *El valor de elegir*, hacer política es “...optar por ampliar lo más posible el consenso sobre las instituciones sociales y reconocer que vivimos en dos mundos: el de la necesidad natural y el de la libertad política. En el primero somos meros objetos de las leyes, pero en el segundo podemos desquitarnos convirtiéndonos en sujetos legisladores.”

Creo profundamente en esa sentencia. Por eso recomiendo la acción política desde una perspectiva de mujer práctica. La política es el instrumento más útil de la democracia, el único capaz de defender a los ciudadanos, el instrumento que permite mediar en su nombre ante los poderes que dirigen el mundo sin apenas ningún tipo de control democrático. Por eso reivindico la política no sólo desde una perspectiva ética o moral, sino también desde una perspectiva utilitaria, si se me permite una expresión tan políticamente incorrecta.

A medida que el mundo se ha hecho más complejo, resulta más evidente la necesidad de la política. Sé que los ciudadanos no tienen esa percepción, pero está más que demostrado que a mayor globalización, a mayor mundialización de las decisiones, más necesario resulta fortalecer los instrumentos democráticos que nos permitan defender los derechos individuales y los intereses colectivos.

A mi juicio no es posible reivindicar la POLÍTICA con mayúsculas, sin hacer a la vez una reivindicación de los políticos y del papel de los partidos políticos. Al fin y al cabo son los partidos políticos los que -aquí como al otro lado del océano-, hacen las listas electorales y designan a los candidatos. Son los

políticos -hombres y mujeres que componen las cámaras Legislativas y constituyen los Gobiernos-, los que toman las decisiones que afectan al conjunto de la sociedad.

Decía *Hannah Arendt*, pensadora alemana de principios del pasado siglo XX y gran defensora – y crítica- de la política que *“lo esencial del hombre reside en su talento para realizar milagros, en iniciar lo improbable y lo inalcanzable, lo que en el lenguaje común se llama actuar.”* Actuar es para Arendt sinónimo de libertad, y ella piensa que *“el individuo en su aislamiento nunca es libre, lo es si se coloca en el sustrato de la polis y allí actúa...”* Dificilmente se podría expresar mejor la relación entre política y libertad, entre política y democracia.

Sé que ahora mismo no es muy popular hacer este discurso de reivindicación de la política, ni siquiera entre políticos como los que estamos aquí. Seguro que ustedes., como yo, tienen colegas que parecen pedir perdón constantemente por dedicarse a la política. Cuando alguien les pregunta a qué se dedican, responden algo así como: "bueno soy enfermera, o arquitecto, o abogada, o médico, o electricista..., pero ahora estoy en el Parlamento, o en tal Ayuntamiento". Creen, y no les falta razón, que la política no da prestigio. Lo preocupante es que no parecen estar dispuestos a hacer nada por cambiar las causas de que esto sea así.

Sé que no se pueden generalizar experiencias y mucho menos recetas. Parto de la base de que para los españoles de mi generación hacer política conllevaba una cierta épica, en modo alguno asimilable a aquellos que tienen la experiencia de haber nacido en democracia o de haber vivido siempre en países en los que la palabra “política” sugería de inmediato actitudes, acciones o privilegios poco edificantes desde el punto de vista ético, moral o simplemente democrático. Para mí, cuando era una adolescente y empecé a preocuparme por el mundo que me rodeaba, hacer política significaba, simplificándolo mucho, vivir en democracia. Hacer política era poder discutir de ideas sin miedo, contrastar opiniones, hablar fuera de las cuatro paredes de nuestra

casa y con la misma libertad de las cosas que nos preocupaban y sobre las que mis hermanos mayores y yo hacíamos grandes debates con mi padre. Hacer política significaba poder votar, poder elegir a nuestros representantes, parecernos al resto de países democráticos del mundo. Poder hacer política y vivir en democracia siempre significaron lo mismo para mí.

Mi padre era un socialista clásico, de los que defendió la legalidad de la República Española y de los que perdió la guerra. El nos enseñó a respetar las reglas y la legalidad. Nos enseñó a recordar y a mirar hacia el futuro. Y a trabajar para que nunca, ni nosotros ni nuestros hijos, viviéramos una situación como la que ellos tuvieron que sufrir. El no hubiera querido ganar la guerra con efectos retroactivos. Por eso nos enseñó el valor de la democracia y el valor de la política. Nos enseñó lo importante que es poder elegir, y el orgullo que representa ser elegido y respetar los compromisos y la palabra dada. Y la responsabilidad que ambas decisiones conllevan. Por eso sigo estando muy orgullosa de hacer política, de representar a los ciudadanos, de poder ser su intermediaria.

Pero este entusiasmo mío por la política, esta vocación, no me impide ser consciente del desapego que existe entre la ciudadanía hacia la política y hacia los políticos. Y del riesgo que corre el propio sistema democrático si no somos capaces de reaccionar. Por eso les hablaré también de las cosas que hemos hecho mal los políticos y que explican, en cierto modo, esta lejanía de la ciudadanía. Les pido disculpas si reivindico además el compromiso partidista. Sé que es posible comprometerse políticamente sin militar en ningún partido político. De hecho conozco a mucha gente-muchos de mis amigos más cercanos-, que militan activamente en Organizaciones No Gubernamentales de cooperación al desarrollo, que participan en asociaciones pacifistas, ecologistas, feministas, ...que escriben artículos comprometidos, que colaboran en movimientos antiglobalización, que se movilizan contra la guerra, contra la pena de muerte, contra la impunidad de los genocidas o los criminales de

guerra, ...Y considero que todas esas actividades son también ejemplos dignísimos de acción política.

Pero, precisamente desde el respeto a esas opciones personales y vitales, quiero defender la importancia de los partidos políticos y la necesidad de adaptar sus estructuras a esta nueva sociedad y transformarlos así en instrumentos verdaderamente útiles. Si creemos en la necesidad de la política y conocemos el papel determinante de los partidos políticos a la hora de elegir y designar a las personas que han de dirigir y constituir las instituciones democráticas, la propuesta de mi colega, cambiar las instituciones, refundarlas, requerirá también y de antemano refundar los propios partidos políticos

1.- Cambiar los partidos políticos

Parto de la base de que para formar instituciones políticas fuertes necesitamos de partidos políticos fuertes. Y parto también de la base de que, más allá de las diferencias estructurales, históricas o culturales de los partidos políticos de distinto signo constituidos tanto en Europa como en América Latina, el diagnóstico que voy a hacer es bastante aplicable a todos ellos. Con las correcciones oportunas, casi todos se podrían ver reflejados en él. A mi juicio, y como ya se va poniendo de manifiesto a lo largo de esta conferencia, es urgente abordar un profundo cambio en el funcionamiento de los partidos políticos, que siguen anclados en las viejas estructuras diseñadas para hacer frente a los problemas de la sociedad del siglo pasado, pero que se han rebelado bastante insatisfactorias y a veces inútiles para enfrentarse con los retos de la sociedad moderna. Y de la era de la globalización. En los últimos veinte años se han producido en el mundo cambios estructurales y sociales verdaderamente profundos.

Los partidos políticos no son hoy, junto con los sindicatos, los únicos instrumentos de estructuración de la sociedad, aunque sigan siendo imprescindibles para estructurar las instituciones políticas. Hoy conviven con

organizaciones de distinto signo y dimensión, alguna de las cuales no sólo tienen un ámbito de actuación sectorial, sino que defienden intereses del conjunto de la sociedad. Tal podría ser, a modo de ejemplo, el caso de los movimientos ecologistas y feministas.

Esta pluralidad de estructuras representativas sociales responde a los cambios que se han producido en nuestra sociedad, tales como la movilidad, el acceso a la información, las nuevas tecnologías, la incorporación de las mujeres al trabajo, los profundos cambios en la tasa de natalidad y en la expectativa de vida, el fenómeno de la inmigración, ... Paralelamente, y como consecuencia de todos estos fenómenos, surgen nuevas preocupaciones, nuevos valores que defender: el desarrollo sostenible, la igualdad de género, el acceso a la educación, la ecología, la solidaridad, la protección de la infancia, la igualdad de derechos civiles al margen de la opción sexual o religiosa, la protección de las minorías, de su lengua, de su cultura, etc. La ciudadanía de hoy está más y mejor formada, y es más y exigente. Los ciudadanos de este siglo son más críticos con la democracia, y más críticos aún con los partidos políticos, a pesar de que siguen pensando que éstos son una pieza clave en el sistema democrático. O quizás precisamente por ello.

Ante esta nueva realidad –sociedad más compleja y organizada de forma completamente diferente a la de hace apenas veinte años-, los partidos políticos viven una crisis y empiezan a sentir las consecuencias de no haberse movido apenas mientras todo cambiaba en su derredor. Ya no son los únicos instrumentos de participación de los ciudadanos y perciben que ni siquiera son los más queridos por éstos. Los ciudadanos demandan hoy partidos políticos más cercanos, más abiertos, más transparentes. Y la falta de respuesta positiva de éstos, es una de las causas principales de la desafección que se ha producido y que venimos analizando.

Lo grave es que esa desafección entre la ciudadanía y los partidos políticos tiene consecuencias negativas en el sistema democrático, que ya se ha saldado

con un alejamiento de los ciudadanos respecto de las instituciones políticas y de la política en general, hasta el extremo de que existe una cierta percepción - que no creo que sea justa-, de que las instituciones no se ocupan ni preocupan por los problemas de la gente.

Esta sensación de que las instituciones son cerradas, están lejanas y resultan relativamente inútiles, está apoyada en buena manera en que la gente percibe que las decisiones de los partidos, que son quienes hacen las listas electorales y promueven a través de ellas a las personas que ocuparán los cargos públicos, se toman en base a criterios de reparto de poder interno. Se acusa con frecuencia a los partidos de falta de democracia interna, de supeditación de los cargos electos a los cargos orgánicos, de distanciamiento entre aparato de partido y electores. A veces se ve a los políticos más como líderes que compiten para ocupar cargos gubernamentales o parlamentarios que como una asociación organizada para servir a los ciudadanos. De no poner remedio, podría llegarse a la conclusión perversa y dramática de que la democracia y las elecciones sirven fundamentalmente para que determinadas personas consigan revalidar su liderazgo personal al frente de un partido o de una institución, o formando parte de cualquiera de ambas, en vez de estar al servicio de un cambio social, que es el auténtico objetivo de la acción política.

Los partidos, y los políticos, tenemos responsabilidad en la formación de este estado de opinión. Naturalmente, también son responsables aquellos que denuestran la política y la democracia representativa porque siempre han manejado los hilos del poder sin necesidad de ellas. Pero ocupémonos de lo que nosotros, como políticos responsables, podemos hacer. Uno de los problemas es que hay políticos que son “profesionales de la política”, en vez de políticos profesionales; han hecho de la carrera política más un trabajo que una vocación, con el único objetivo de permanecer en la política, hasta el extremo de que a veces se minimizan los malos resultados electorales que en cualquier empresa supondrían la dimisión del responsable, para conseguir estabilidad interna, una estabilidad convertida en permanencia a través de acuerdos

cruzados, que en algunas ocasiones resulta casi más deseable que una victoria. Seguro que a todos ustedes. se les ocurre más de un ejemplo. Es esa especie de "cartelización", de estatificación de los partidos, lo que les terminaría inhabilitando como cauce efectivo de comunicación con la sociedad civil.

En países como el mío, en los que la política siempre ha tenido una acepción peyorativa en negativo, reminiscencia sin duda de los años de la dictadura, se aceptó durante un cierto tiempo la imagen que daban los partidos políticos de organizaciones cerradas. Eso fue así mientras se les consideró instrumentos imprescindibles para la reforma y la estabilidad política. En América Latina podríamos poner muchos ejemplos de evoluciones similares. Pero hoy, en la medida en que la democracia está consolidada o que se necesita la movilización de voluntades para protegerla, los ciudadanos valoran la transparencia y los canales de participación en los partidos como algo imprescindible. Por eso creo que es urgente dar una respuesta a esa especie de malestar democrático que está centrado en los partidos pero que repercute en las instituciones públicas.

Ante esta situación, detectada también como crítica por los partidos políticos, una manera de reaccionar que ya hemos observado ha sido la de protegerse ante la competencia que les ha surgido a los partidos tradicionales desde esas otras formas de hacer política y de representar intereses colectivos de las que antes hablábamos. Gran error. Si los partidos tradicionales se cierran, se autoprotegen, la respuesta ciudadana será más desafección, más abstención. O, lo que es peor, y como ya hemos podido comprobar, surgirán dinámicas de partidos antisistema. Ejemplos no nos faltan ni en Europa ni en América Latina.

Si hay que reformar los partidos porque hay que reformar la política, y hay que reformar la política para acercarla a los ciudadanos, la respuesta de los partidos políticos no puede ser otra que abrir sus estructuras, disponerse a gestionar el cambio en vez de resistir o dejarse arrastrar por él. Asumir el riesgo. Y la apertura es el riesgo a correr. Los partidos políticos estamos

llamados a cambiarnos a nosotros mismos si queremos -como definiendo- acercar la política a los ciudadanos. Es verdad que hay cambios profundos, que pueden generar en el corto plazo problemas de estabilidad interna en los partidos. Pero, por ejemplo, ¿es posible hacer una oferta interesante para aumentar la afiliación a un partido si no les reconocemos a todos los militantes al menos los mismos derechos que tienen como ciudadanos a la hora de elegir y proponer cargos orgánicos o políticos?. Es preciso ampliar la base y la participación social de los partidos, y por tanto su capacidad real de vertebración social. Pero eso no será posible si no ofrecemos a los afiliados, a los simpatizantes y a los votantes, mayores posibilidades de influir y de participar en la vida interna. Algunos piensan que es un riesgo ponerles techo de cristal a los partidos. Pero es un riesgo compensado; transparencia y participación son condiciones necesarias si queremos recuperar el prestigio de los partidos para poder contribuir desde ellos al fortalecimiento de las instituciones. Si los partidos se anquilosan, la sociedad se rebela y pasa de nosotros. Y eso es malo para la democracia.

Los tiempos están cambiando, que diría *Bob Dylan* en esa preciosa y rebelde canción; pero los tiempos cambian porque los seres humanos cambiamos. *Indira Ghandi* recordaba en su biografía como cuando nació ella, los consejeros de su padre, el *Nerhu*, le recomendaron que tuviera inmediatamente un hijo varón para poderle nombrar heredero. *Nerhu* les contestó que nada en el mundo podía cambiar si nosotros mismos no éramos capaces de cambiar. Así *Indira* solía decir que ella misma era expresión viva de una apuesta por el cambio. Pues eso mismo es lo que definiendo: hemos de apostar por el cambio, cambiar la estructura de los partidos, cambiar nuestra mentalidad, adaptarnos a la nueva sociedad. Desde mi convencimiento profundo de que sólo con partidos políticos fuertes formaremos instituciones políticas fuertes, capaces de afrontar con eficacia los nuevos problemas, dar respuesta a las nuevas aspiraciones y resolver o paliar el efecto de las nuevas tragedias del mundo en que vivimos.

2. Cambiar la política

Esa sensación de lejanía hacia la política tiene también que ver con una cierta incapacidad de los políticos para explicar no sólo el qué de las cosas, sino también y sobre todo el PARA QUE. Por eso quiero proponer en esta segunda parte una reflexión sobre la necesidad de introducir cambios en nuestros discursos y en la expresión de nuestros compromisos; cambios que nos ayuden a conseguir que las instituciones democráticas y los partidos políticos sean percibidos otra vez como elementos útiles para la sociedad. Cambios que pongan en nuestra agenda los problemas y las preocupaciones de la gente.

Escuché decir a *Simón Peres* hace unos años en París, en la reunión de la Internacional Socialista, que lo bueno de este mundo tan mediático es que la televisión hace insoportable el mantenimiento de las guerras y de las dictaduras. Aunque la afirmación puede matizarse desgraciadamente, lo cierto es que como consecuencia de las nuevas tecnologías de la comunicación, millones de ciudadanos se horrorizan cada día ante las imágenes que nos llegan casi en tiempo real, y que nos muestran la violación sistemática de los derechos humanos, las torturas a los prisioneros, las condiciones de vida en los campos de refugiados, ... Millones de ciudadanos se revelan por la impotencia que muestra el mundo ante las catástrofes naturales, ante la emigración masiva de cientos de miles de ciudadanos que abandonan sus países por falta de agua o de alimentos (veinte millones al año según un reciente estudio de Naciones Unidas). Millones de ciudadanos nos demuestran cada día que son capaces de movilizarse para defender la igualdad de género, para protestar por las guerras injustas e ilegales, para defender la libertad.

El drama de lo que está ocurriendo en el mundo nos llega directamente a la retina a través de los canales de televisión. Pero, todos esos ciudadanos que reaccionan ante tales tragedias o injusticias suelen quejarse de que no reciben una respuesta satisfactoria y estable por parte de los poderes públicos. Nos interrogan sobre lo que estamos haciendo para evitar que haya en el mundo mil quinientos millones de ciudadanos que viven con un dólar diario, o tres mil

millones que lo hacen con apenas tres dólares. Nos preguntan qué hacemos para evitar que siga habiendo en el mundo más de trescientos millones de niños sufriendo diversos tipos de explotación. Nos preguntan qué hacemos para combatir la plaga del SIDA, que infecta en África a diez nuevas personas por día. ¿Qué respuesta política reciben cuando observan que mientras caen las fronteras económicas, comerciales, de servicios financieros, etc., se levantan muros para impedir que se muevan los seres humanos, para obligarles a quedarse en su tierra aunque se mueran de hambre, sed o enfermedad?

Los ciudadanos echan en falta una acción y un discurso más contundente desde la política, ante todos estos fenómenos que generan alarma social. A veces nos dicen que la respuesta parece llegarles únicamente desde las organizaciones consideradas no políticas, desde las ONGs. Pero, convendrán conmigo, que enfrentarnos en serio a estos problemas, abordar su solución, requiere una estrategia que traspasa las fronteras de lo nacional y sectorial. Requiere concertación de acción y estrategia política.

Ni todas las Organizaciones no Gubernamentales del mundo, ni ningún país en solitario, por importante que éste sea, pueden enfrentarse con éxito a la hambruna endémica de África, a la desertización imparable que amenaza nuestro planeta, o con el desequilibrio cada vez mayor entre países del primero y el tercer mundo. O con el terrorismo y las mafias que mueven el tráfico de seres humanos. Sólo si los gobiernos del mundo, en una estrategia coordinada, decidieran invertir en educación, formación y nuevas tecnologías en los países del Tercer Mundo, podríamos salvarnos de la tragedia, de esa fosa cada vez mayor que separa los países desarrollados de los que, como decía un amigo haitiano, están “en vías de subdesarrollo”.

Ya sé que no estoy haciendo una reflexión original, pero este repaso a la situación actual sirve para confirmar que sólo desde instituciones internacionales más políticas y más comprometidas que las actuales, sólo

desde el consenso político del llamado mundo civilizado, podremos tomar decisiones que salven a la humanidad de estas catástrofes o que curen las heridas cuando lo primero resulte imposible. Las ONGs tienen un importantísimo papel que jugar; actúan no sólo como reacción sino como vanguardia y acicate ante los poderes públicos. Pero ellas y nosotros sabemos que no se puede detener la hemorragia con tiritas. Por eso insisto en que, si la política quiere, además de liderar la solución de los problemas, recuperar el prestigio y al mismo tiempo la complicidad de los ciudadanos, habremos de incorporar a nuestra agenda los compromisos para abordar todas estas cuestiones.

Y volvemos a la cuestión planteada al inicio de esta conferencia: la necesidad de fortalecer y refundar nuestras instituciones. Porque es la ausencia de instituciones fuertes lo que hace posible que, habiendo tantos conflictos abiertos en el mundo, no se visualice apenas una solución a ninguno de ellos. Oriente Medio, el cultivo de drogas como única alternativa económica en algunos países de nuestro entorno; los campamentos de refugiados en los que, como es el caso del Sahara, han nacido varias generaciones; el mantenimiento de la pena de muerte en muchos países del mundo, alguno de ellos socio político y económico nuestro; la vulneración sistemática de los derechos humanos o la persecución por razones de raza, sexo o religión son algunos de los ejemplos más llamativos de nuestro fracaso.

Por eso digo que necesitamos conseguir la complicidad de los sectores más dinámicos de nuestra sociedad, hacer una nueva agenda política adecuada a la nueva agenda de los ciudadanos. Necesitamos esa complicidad para dar pasos en la dirección de fortalecer nuestras instituciones democráticas. Sin ella, no será posible.

Y para que ese encuentro se produzca, necesitamos también recuperar el orgullo por la política. Necesitamos que los ciudadanos nos devuelvan su confianza y que ésta nos haga más fuertes. Sé que es posible comprometer una

vez más con la política a muchos jóvenes que se aburren con los discursos de los políticos, que no entienden el para qué de la política. Creo que las cosas mejorarían si fuéramos capaces de explicarles que sólo si Europa tiene instituciones comunes más fuertes y más representativas, si tiene una política exterior y de seguridad común, una voz propia que nos represente en todo el mundo, podremos hacernos respetar y exigir a otros grandes -como es el caso de EE UU, China o India-, que se respeten los Derechos Humanos, que liquiden su deuda con la ONU, o que se aplique la moratoria o instauren la abolición de la pena de muerte. Creo que conseguiríamos muchas adhesiones si fuéramos capaces de explicar que sólo si América Latina se constituye como un bloque político podrá encontrar la cooperación internacional para afrontar los graves problemas con los que se enfrenta esta área geográfica.

Claro que para eso hemos de ser capaces de transmitir un mensaje que resulte creíble y ambicioso. Los ciudadanos han de saber que no nos resignamos a vivir en un mundo cada vez más injusto, que creemos que hay soluciones y que no estamos dispuestos a tranquilizar nuestras conciencias cediendo a las organizaciones de cooperación al desarrollo el 0,7 por ciento de nuestro presupuesto. Que tenemos propuestas transversales ambiciosas, valientes pero coherentes y posibles para el 99'3 por ciento restante.

Algunos de los datos que he manejado a lo largo de esta conferencia, relacionados con las catástrofes y los dramas de nuestro mundo, no sólo nos producen repugnancia moral, sino que condicionan también nuestra seguridad y la paz internacional. Si renunciáramos al protagonismo de la política con la esperanza de que los desastres pasen por nuestro lado sin tocarnos, nos equivocaremos. Ya no hay fronteras ni paraguas que puedan protegernos de las inclemencias mundiales. Los ataques terroristas, por su crueldad y por su demostrada capacidad para golpear en cualquier país o latitud del mundo, son buen ejemplo de ello.

Pero no hay que agobiarse. La historia está llena de ejemplos que nos recuerdan cómo muchos de los cambios vividos por la humanidad se han producido porque no quedaba otro remedio que abordarlos. Este hecho, más allá de mi confianza en la capacidad de los seres humanos para cambiar el rumbo de las cosas, me permite ver el futuro con optimismo. Porque en estas circunstancias, hasta los más reticentes, los más “conservadores” de los nuestros, saben que hemos de afrontar un reto inaplazable. Acabo por donde empecé. El mundo necesita de la política. Pero los políticos hemos de renovar nuestro discurso, ampliar nuestro compromiso y cambiar nuestras prioridades si queremos vincular a los ciudadanos. Sin su concurso, sin su complicidad, no podremos hacer nada.

No me importa reconocer que tengo en esta apuesta un interés ideológico, que no está reñido con mi compromiso democrático; como ya les he dicho, defiende la acción política por opción y por necesidad. Detesto el testimonialismo que suele ser el camino elegido por quienes no se atreven a hacer nada. Me suele gustar recordar las palabras de *Ramón Rubial*, quien fuera Presidente del Partido Socialista Obrero Español hasta su muerte, que, preguntado por una periodista sobre la supuesta pérdida de las señas de identidad de izquierdas de la que, a su juicio, había hecho gala el PSOE, respondió así : “*La única revolución que es útil en democracia es aquella que se puede escribir en el Boletín Oficial del Estado.*” Claro que, para escribir en el BOE, hay que ganar las elecciones. Y para ello necesitamos la complicidad y el voto de los ciudadanos.

Permítanme que, para finalizar, les lea una cita del mismo libro del filósofo Fernando Savater que antes mencioné. “*Si hoy debiéramos condensar en una sola palabra el proyecto político más digno de ser atendido, yo elegiría ésta: ciudadanía. O sea, la forma de integración social participativa basada en compartir los mismos derechos y no en pertenecer a determinados grupos vinculados por lazos de sangre, de tradición cultural, de estatus económico o de jerarquía hereditaria. Si algo debe ser globalizado, es precisamente el*

reconocimiento efectivo de lo humano por lo humano. Elegir la política es el paso personal que cada cual puede dar, desde su aparente pequeñez que no renuncia a buscar compañeros y cómplices, para obtener lo mejor de lo posible frente a las fatalidades supuestamente irremediables”.